

VALENCIA COMICA.

Lit. V.ª Ismael Haase. Guillem de Castro, 50. Val.ª

TIPLES CÓMICAS



15 Céntimos.



TRINIDAD GIL



Por la señal de la Santa Cruz.....

Ustedes dirán: *Virgen Santa qué principio.*

Pues sí, señores, principio por persignarme porque no sé cómo salir de este atolladero; es decir, del atolladero en que me ha metido el endemoniado servicio de correos, pues se conoce que los ministros no se ocupan de los empleados del ramo y los empleados no se ocupan de nada, ni de que lleguen las cartas á su destino.

Digo esto, porque á la hora de llevar la *Crónica* á la imprenta, me encuentro con que no ha llegado.

Y no creo que sea culpa del amigo R. Borrell, porque no falta nunca á sus compromisos.

Sobradamente probado lo tiene conmigo. Aunque no pueda decir otro tanto su patrona, y que me dispense el modo de señalar.

¿Qué es lo que hemos adelantado respecto á correos con la subida de los conservadores?

Pues sencillamente que los empleados *conservan* la misma costumbre, fea por supuesto, que anteriormente.

Así es que pronto no sabremos ni á qué atenernos ni á quien confiar una carta, aunque ésta sea para nuestro adorado tormento que se encuentra tomando baños y nos valgamos del correo para pedirle una peseta.

¡Pero ahora caigó!

Muchas veces echamos pestes contra determinadas personalidades ó corporaciones, sin contar con que hay diferentes causas que producen iguales efectos.

Supongamos que á R. Borrell le haya *dado* el cólera, cosa que sentiría como si me *diera* á mí mismo.

Claro está que quien tendría la culpa de que yo, pluma en ristre y cuartillas en la mesa, venga á ocupar este lugar tan bien ocupado por mi amigo, sería el *morbo* terrible; ese huésped.

Ese huésped que tanto que hacer da á los gacetilleros y á todos aquellos á quienes se les presenta en el cuerpo, tan descortésmente, obligando á hacer cosas que nunca son bien vistas ni bien olidas.

En fin, Dios nos pille confesados.

Yo de mí les diré que por si acaso me *diera*, al lado de mi casa viven dos curas, con sus amas respectivas, y que me apresuraría á pedirles auxilio.

—¿A los curas?

—No, á las amas.

Sobre gustos no hay nada escrito.

Ustedes preguntarán. ¿Pero nos va usted á hablar nada mas que del cólera? Nosotros que compramos este periódico porque nunca *trae* casos.

Tienen ustedes razón y pasemos á otra cosa.

¿Pero de qué, señor, de qué hablaremos?

Nada, que uno no sabe de donde *coger* una noticia para comentarla.

¿De Portugal?

Está muy lejos y no sabemos todavía cierto si por allí han *andao* á *morrás* ú *nó*, como diría un chulo valenciano que ha estado dos meses en Madrid, tres días en la calle de Sevilla y el resto en el abanico.

Hablar de lo sucedido en Madrid á la llegada de Cánovas es asunto peliagudo.

Como que hay conejos de por medio.

Y no conviene tratar estos asuntos, porque los secuaces del presidente del consejo, andan por ahí que beben los vientos por conocer en la cara á cualquiera, si es anticonservador y si lleva un pito, para cogerle y darle su merecido por tamaña insubordinación.

Pero claro está, que, como no tienen el entendimiento muy claro, á lo mejor se equivocan y estas equivocaciones vienen á caer en detrimento de la personalidad de cualquier individuo pacífico, aunque este sea comerciante y vecino de Pozuelo que vaya á Madrid á cumplimentar alguna comisión.

Pero siempre hay quien quiere cumplir estrictamente su obligación ó ganar un ascenso, y para eso nunca mejor ocasión que cuando está delante el jefe supremo y entonces no lo dejan por palo más ó menos.

Voy á dejar cuestión tan fea, pues la pluma se me resiste y me da más pena asunto como éste que mis propios ingleses.

El miércoles último, á las once de la noche, estalló un cartucho de dinamita, puesto cómodamente en una de las fachadas de la iglesia de San Andrés, llenando de consternación á todo el vecindario y de alegría á los cristaleiros, pues ni un cristal quedó en las cercanías.

Es lo que ellos decían: así se fomenta la industria.

En cambio otros exclamaban: ¡Herejes! Ir á poner una cosa así en una iglesia!

Había quien al saberlo, preguntaba si Cerralbo había venido otra vez á Valencia, pero de incógnito, y al descubrirlo los enemigos de su causa hacían de las suyas.

Hubo exaltado que al oír el estrépito desde la cama en donde se encontraba amorosamente

con su mujer, se levantó y se disponía á tomar el fusil, creyendo que había entrado Zorrilla en Valencia.

La señora de un vecino nuestro, al ver que su marido se disponía á salir á la calle, viendo que no respetaba sus súplicas ni atendía á sus lágrimas, le decía de rodillas en la cama:

—Rómulo, Rómulo mío, ya que estás armado, fusíame primero, pues no podré resignarme si veo que no vuelves.

Por fortuna no hubo más que el susto

consiguiente y la mayor ó menor alarma en los ánimos más ó menos pusilánimes.

**

Para colmo de desventajas.

De los informes dados por la comisión técnica, nombrada para el examen del submarino, resulta que no anda.

Lo que no andó en su tiempo fué la candidatura, para diputado por el Puerto de Santa María, del hijo del ministro Beranger,

E. Balari.

A UN CALVO

Redondillas peliagudas

¡Blanco y luciente melón!
Luna que en el heno brilla!
¡Cabeza de peladilla!
¡Retrato de la ocasión!
Si oyes de versos mi salva,
No te aturulle su trueno,
Que canto lo malo y bueno
Que puede ofrecér tu calva.

Empiezo por observar
Que si te inclina el demonio
A la cruz del matrimonio,
Tu esposa no va á medrar;
Puesto que su bien diario
Será, casando contigo,
Sufrir el doble castigo
De tener cruz y calvario.
Ya vistas un rico traje,
O ya tu miseria asombre,
Nadie dirá que eres hombre
De bueno ó de mal pelaje.
Muchos te harán un tronera,
Fundándose para ello,
En que ven sobre tu cuello
La muestra de calavera;
Mas aunque cometas males
Y murmuren por ahí,
No podrán hablar de tí
Con tus pelos y señales.
Asustarás á la gente,
Por más que valor no alcances,
Y en toda clase de lances
Harás ver que eres valiente;
¿Qué el miedo te descoyunta?
En tí nada observarán,
Porque no se te podrán
Nunca los pelos de punta.

Que eres católico opino,
Mas quien te pase revista,
Te creerá á primera vista
Un sectario de Calvino;
O tal vez para su sayo
Pensará alguno, á mi ver,
Que debes pertenecer
A la raza de Pelayo.
Si vas, por no hacer desaire,
A una broma, rabiárs;
Porque tú nunca podrás
Echar una cana al aire.
Si no desplegas tu labio,
Por no mostrar tu torpeza,
Al ver tu monda cabeza
Te han de tomar por un sabio.
Y aunque es cosa averiguada
Que al estudio no te avienes
Nadie negará que tienes
La cabeza despejada;
Y podrá afirmar alguno
Que aunque pareces un lelo,
No tienes de tonto un pelo....
Porque no tienes ninguno.
Si alguno no simpatiza
Contigo y si tú imprudente
Le insultas, impunemente
Podrá darte una paliza;
Y después del atropello
Jurar podrá en cualquier parte
Que no ha llegado á tocarte
Ni la punta de un cabello.
Todo te ha de incomodar
Porque de bilioso excedes,
Y en fin porque tú no puedes
Echar pelillos al mar.
Además.... pero chitón
Que ya tu ira provoqué

Y aunque te ries, se vé
Que ries de indignación.
Y yo á tu lengua en mi mengua
La temo, si á hablar te mueves
Pues por lo visto no debes
Tener pelos en la lengua.
Mas he llegado á saber
Que quieres encabellar
Y te voy á aconsejar
Lo que te conviene hacer;
Si por tener pelo sudas,
Para con él pronto verte,
Procura siempre meterte
En cuestiones peliagudas;
Y para servirte de ellos
Y tus negocios hacer,
Afánate por coger
La ocasión por los cabellos;
Los asuntos más sencillos
Mira detenidamente,
Pues será muy conveniente
Que te pares en pelillos;
Y si ese afán que denotas
No consigues, con presteza
Dale un baño á tu cabeza
Con aceite de bellotas,
Y al morir así exclamar
Podrás muy envanecido:
«En mi vida solo ha sido
Mi descanso el pellear.»
Tal vez el pelo te atienda....
Mas en tanto por ahí
Haz males, para que así
Todo el mundo te reprenda;
Y aunque te rompan la nuca....
Ténlo por bien sin igual,
Que al fin no te vendrá mal
Que te den una peluca.

Genaro Genovés.

EL EMPLEADO DE LA «MORGUE» (1)

«Brr.... que niebla!.....», dijo el buen hombre al poner el pie en la calle. Apresu-

(1) Depósito judicial de cadáveres en París, situado en el extremo de una pequeña isla sobre el Sena.

radamente levanta el cuello de su abrigo, lo abrocha delante de la boca, y con la cabeza inclinada hacia el suelo y las manos en los bolsillos, se dirige á su despacho.

Era lo que se llama una buena niebla. En las calles no muy espesa, porque en las grandes ciudades, la bruma y la nieve duran

REQUIEBRO



—¡Vaya usted con Dios, salero! Por una miradita de esos ojos, soy capaz de dejarme la carrera *mesmamente* y de faltar á la ordenanza *profugandome*.

VARIETADES



—Jé, jé, jé, los dos venimos por lo mismo.
 —Jé, jé, jé, así parece.



Yo soy un seductor.
 Sí, señor.
 Sí, señor.....



—Yo no soy capaz de hacer daño á nadie, pero si se armara en Melilla.....
 —¿Qué haría usted?
 —No moverme de mi casa, porque sé lo que son los gobiernos.



¡Sólo, sólo completamente!
 Mi hacienda perdida, mi mujer perdida, yo perdido.....

poco. Los tejados la desgarran, las paredes la absorben; se infiltra en las casas á medida que estas abren sus puertas, hace resbaladizas las escaleras y húmedas las pendientes. El movimiento de los carruajes, el ir y venir de los que ván á pie, madrugadores y pobres que marchan aceleradamente, la amontona, la empuja y la dispersa. Se pega á las muestras de las tiendas, á los impermeables de las muchachas de los almacenes, á los toldos y á las cajas cubiertas de hule. Pero en los desiertos muelles, en los puentes, sobre el río y en las orillas, es una masa pesada, opaca, inmóvil, con la que lucha el sol al aparecer por detrás de la iglesia de Nuestra Señora, alumbrando con los resplandores de una lámpara de noche, encerrada bajo fanal de cristal esmerilado.

A pesar del viento y de la niebla, nuestro hombre sigue adelante por los muelles para ir á su oficina. Podría tomar otro camino, pero el río tiene cierto atractivo para él, y experimenta especial satisfacción al recorrer los parapetos y apoyarse en las sólidas barbacanas, desgastadas por el continuo roce de los desocupados y vagamundos, que á aquella hora y con aquel tiempo eran muy raros. Sin embargo, de trecho en trecho se veía alguna mujer, cargada con cestos de ropa blanca, que se detenía á descansar contra el parapeto, ó algún pobre diablo con los codos apoyados en el mismo y contemplando la corriente con aire distraído.

Aquella mañana no estaba alegre el río. La bruna parecía aplastarle con su peso. Los oscuros techos de las construcciones de las orillas y los tubos desiguales y negros de las chimeneas que se reflejan en las aguas, se entrecruzan y despiden humo; hacen pensar en alguna lúgubre herrería, que desde el fondo del Sena envía á París todo el humo de sus fraguas convertido en niebla. Nuestro hombre parece que no encuentra triste el paisaje. La humedad le penetra por todas partes; su traje no tiene un sólo hilo que esté seco; pero prosigue su camino silbando y sonriendo alegremente. ¡Está tan acostumbrado á las brumas del Sena! Además, sabe que á su llegada al despacho encontrará su bien forrada bolsa para meter los pies, su estufa y el pequeño disco de hierro caldeado, del que se sirve todos los días para hacer su almuerzo. Son estas, alegrías de empleo, dichas de preso, que sólo experimentan y sólo aciertan á comprender las pobres gentes que pasan su vida metidas en un rincón y retiradas de los goces sociales.

—Es preciso que no me olvide de com-

prar las manzanas, dice, y continúa silbando y con paso vivo hacia su destino. Marcha á su trabajo contento como nadie.

Los muelles, siempre los muelles, y después un puente. Vedle ya detrás de Nuestra Señora, en el punto en que la niebla es más espesa que en paraje alguno; viene por tres distintos sitios, envuelve las altas torres del templo hasta la mitad y se recoge y amontona en el ángulo del puente como si quisiera ocultar algo. Nuestro hombre se detiene; ha llegado.

Se distinguen confusamente personas acurrucadas sobre las aceras; parecen esperar alguna cosa; lo mismo que á las puertas de los hospitales y en las plazas, se ven allí instalados puestos ambulantes de venta, con bizcochos apilados como las maderas en los almacenes, y montones de naranjas y manzanas afectando la forma y colocación de los proyectiles redondos en los parques. ¡Oh! ¡Qué frescas y qué hermosas! Se llena los bolsillos, bromeando con la vendedora que tiritita con sus pies sobre el calentador; enseguida empuja una puerta rasgando la bruma, atraviesa un pequeño patio en donde hay un carretoncillo con su caballo enganchado y pregunta al pasar.

—¿Hay algo para mí? Un carretero le responde: "Sí, señor, y algo bonito."

Entonces entra con viveza en su oficina.

Allí se estaba bien y abrigado. La chimenea caldeada en un ángulo; la bolsa para calentarse los pies en su sitio; su butaca esperándole junto á la ventana.

Los girones de bruma formaban una especie de cortina ó pabellón delante de los cristales y los enormes libros de lomo verde estaban alineados en sus casillas. Parecía un verdadero despacho de notario.

Nuestro héroe respiró; estaba como en su casa.

Antes de ponerse á trabajar, abrió un gran armario, sacando de él unas mangas de percalina lustrosa y poniéndoselas cuidadosamente; luego tomó un platito de barro encarnado que contenía terrones de azúcar de los que sirven en los cafés y comenzó á mondar las manzanas, mirando á su alrededor con satisfacción. Lo cierto es, que no tan fácilmente se encontraría un despacho tan alegre, tan claro y tan ordenado como aquél. Sólo tiene la especialidad del ruido del agua, que lo llena y lo envuelve todo. Allí abajo, el Sena corre murmurando al pasar por los arcos del puente y deshaciéndose en espumas al chocar con la punta de la isla sobre la que golpean tablas, troncos de leña y toda clase de objetos

arrastrados por la corriente. Aún dentro del edificio, y sobre todo en el local de la oficina, se escucha un rumor parecido al que produciría el continuado verter de los cangilones de una noria ó el estrépito de un gran lavadero.

No sé por qué aquella agua deja fríos á los que la oyen discurrir por su cauce. Parece como que choca sobre un suelo duro para rebrincar sobre tableros de mármol que aumentan su frialdad, y así es ciertamente; pero ¿por qué ésto? ¿qué hay que lavar tan de continuo en aquella extraña casa? ¿qué mancha imborrable existe en su pavimento?... A intervalos caen las gotas una á una, como después de un deshielo ó una gran lluvia. Se diría que la niebla amontonada en el tejado y junto á las paredes, se funde al calor de la chimenea y se liquida por el aliento de aquel tubo negro que mira al cielo.

Nuestro hombre no hace el menor caso de todo ello. Dedicado por completo á sus manzanas, que desde el plato de barro que las contiene comienzan á despedir cierto olor á caramelo, y abstraído por el grato rumorcillo que producen al ser asadas, no oye el ruido del agua... aquel siniestro ruido...

—¿Puede V. salir, señor interventor? pregunta una voz ronca desde el vestíbulo. El empleado dirige una mirada á las manzanas y sale muy de mala gana. ¿A dónde va? Por la entreabierta mampara penetra un vienteillo frío y agudo con emanaciones de pantano cenagoso. En el patio se ven largas cuerdas sujetas á las anillas del muro, y pendientes de ellas, para que se sequen, hay algunas blusas de obrero, andrajosas y descoloridas, un vestido de indiana colgado por las mangas y unas medias azules que gotean...

Ya terminó; vedle de regreso. Coloca sobre la mesa algunos pequeños objetos empapados de agua y se aproxima tiritando á la estufa, para calentar sus manos rojas y ateridas de frío.

—Indudablemente deben de estar locas para que con el tiempo que hace... ¡Bah! todas son iguales.

Y como ya ha entrado en calor y el azúcar comienza á cuajarse por las orillas del plato, se pone á almorzar en un ángulo de la mesa. Sin dejar de comer, abre uno de los libros registros y lo hojea brevemente con aspecto satisfecho.

¡Qué curioso y qué bien llevado aquel libro! Renglones rectos, cabeceras con tinta azul salpicada de polvillo dorado; ¡un cuidado, un orden!...

Parece que los negocios marchan bien. El buen hombre tiene todo el aspecto de un tenedor de libros, que contempla su balance de fin de año. Mientras se deleita en pasar y repasar las hojas del libro, se abren las puertas de la sala contigua y se oyen los pasos de una multitud que se precipita dentro de ella; hablan en voz baja como en las iglesias y dicen: "¡Oh! ¡qué lástima!... ¡tan joven como era!..."

¿Qué le importa á nuestro héroe que fuese ó no joven? Acaba tranquilamente sus manzanas y se pone delante los objetos que entró hace un momento.

Un dedal sucio de barro, un portamonedas con diez céntimos, unas tijeritas tan emmohecidas que es imposible el servirse de ellas, tan imposible... que ya no servirán más; una libreta de obrera con las hojas pegadas, un fragmento de carta en el que se leen medio borradas algunas palabras. "El niño... sin dine... mes de la nodriza..."

El empleado levanta las espaldas como diciendo: "Conozco bien todo esto..." Después toma la pluma, sopla con cuidado las migajas de pan que han quedado encima del libro, coloca bien su mano y con una hermosa letra redondilla escribe el nombre que acaba de descifrar en el papel mojado:

Feliciano Rameau, bruñidora, diecisiete años.

Alfonso Daudet.

A PEPE LA TORRE

Todos te buscan en vano.
—¿Dónde estará ese villano?
Dicen todos los amigos.
—Se perdió por esos trigos.....
(Ya tú ves que van al grano.)
Y de tí, sin vacilar,
Dá malos antecedentes.....
¡Hasta el amigo Vilar,
Ese chico de los lentes
Que tú hiciste popular!
Como no pueden hallarte
Dicen: —¡Nada, está perdido!
O también por insultarte:
—Con ese Pepe, es sabido,
¡No se vá á ninguna parte!

Y alguien menos exaltado,
Echando el rencor á un lado,
Añade: —Pues no hay remedio;
Ese chico se ha eclipsado
¡Habrà algún sol de por medio!
Y alguno más malicioso
Con ribetes de gracioso,
Interrumpe: —¿Con qué hay sol?
Pues si añade un sí bemo!
Será un músico famoso.
Te quisiera defender
Pero me falta el valor;
Y, además, has de saber
Que te guardo tal rencor
Que ya no te puedo ver.

Desenmaraña este lío
¿Lo harás así? Pues confío.
Tu decoro te lo exige.
¿No ves cuánto nos aflige
Tu ta-mentable desvío?
Y si á los cargos que ves
No contestas muy formal
Y te arrojas á mis pies,
He de llamarte ¡animal!.....
Aunque me pegues después.

Ramón Trilles.



HABERÍAS



Desengáñense ustedes; si á Cánovas lo silban, él se tiene la culpa, con no moverse de su casa, está del otro lado.



Para protegerla. (Referencias al que las pida)

— ico, he llegado á convencerme de que las mujer solo son bancos de ingreso.
—¿ por qué?
—Porque por más que se les dé, nunca están contentas.



Por donde quiera que pasa
Los hombres se van detrás;
Bueno es saber, que además
La están esperando en casa.



Quiero que Ricardo me encuentre en esta postura, á ver si hace algo digno de mí; ¡porque hasta ahora....!



—No seas tonta, ya ves que te distingo de las demás, siempre vengo á verte de frac.
—Para mí es lo mismo; con que me traigas dinero.

Vaya un par de bañeros si ustedes gustan.

ARENITAS

Cuando te he visto en la calle
Arrojada al lodazal,
Hecha girones la honra
Y demacrada la faz,
Llegué á temer por tu vida,
Presa de angustia mortal:
Pero he recordado luego
Lo del adagio vulgar
«Yerba mala, nunca muere»
Y tú..... no te morirás.

Cuando fuiste soltera no quisiste
Dar pábulo á mi amor grande y sincero,
Y hoy, que eres ya casada, y nadie insiste

Me brindas lo que quise y ya no quiero.....
Yo soy muy ambicioso en mis pasiones
Y ansío un corazón, inmenso, entero.....
Y no pienso gozarlo por acciones.....

Cuántas veces dije:
—Si ella me engañara
Mi odio eterno haría imposible
Perdonar su falta.—
Hoy estoy seguro
¡Seguro! ¡me engaña!
Y aun así la perdono y la quiero
Con toda mi alma.

Eduardo Villegas.

FANTASÍA

Veía él en aquellos ojos lindos y vivos, unos días el fuego de la pasión, las llamarradas de los celos y las arrebatadas irradiaciones de un amor infinito; otras veces estaban como dormidos, y si le miraban era con abandono, con fastidio que parecía voluptuoso.

¡Oh Dios! ¿Por qué era así? ¿Por qué ella no le miraba siempre enviándole las reverberaciones que le enloquecían? ¿Le quería ella como él la adoraba? ¿Le quería no más á ratos? ¿Le estimaría á él solamente? Estas dudas mataban al pobre, le robaban el sueño, el apetito y la alegría. ¡Qué desgraciado era!

Pasaba el enamorado las noches de claro en claro, encaramado en el caballete del tejado, aguantando el viento frío y la escarcha de Enero, sin pensar en otra que ella no fuese, esperando verla un momento ¡verla solo! Y ella, la ingrata, seis días ya que no se asomaba por la ventana del porche, testigo de su venturoso idilio; y él, dolorido y desesperado no podía contener su pena, y entonaba todas las noches á la misma hora la sentida serenata que le dictaba su corazón de celoso Oteló.

— ¡Miao!.... Miaooo..... rüimiao! ¡Marra-miaoo! ¡Pobrecito! —Aquella noche, fría y serena como de Enero, brillaba la luna a *giorno*. Cansado de maullar unos madrigales tiernísimos que le enseñó un gato viejo y ciego, licenciado del ejército, se quedó de espaldas al viento mirando á la luna y haciéndole gestos, lamiéndose los bigotes y la cara. Ya era cerca del amanecer, un maldito gallo cantaba despertando al dormido día, envuelto aún en las holandas de celajes y nubes..... y

la hermosa gatita tampoco salía aquella noche. ¡Como habían pasado las horas! ¡Qué tormento!

—¿Quién es aquél que viene por el tejado con paso perezoso y mirada recelosa? ¡Ah! su hermano: un gato negro y lustroso, que sin miramiento le dió la noticia fatal. ¡Más valía ignorarlo! ¡Pobrecita Minina! ¡se había muerto y ya la habían enterrado! ¡Qué *miaos* más desconsolados brotaron de aquel pecho destrozado! ¡Y qué escena tan luctuosa y dramática entre el Miximo amante y el Minino hermano de la muerta! Los trágicos griegos no la han referido igual ni tan sublime. Era un triste consuelo, pero consuelo al fin, que hubiera muerto, y no que viviera infiel á un amor tan arraigado y desmesurado. ¡Ay! No era traidora, nó.

Según contaba su hermano, gato verídico y formal, murió de amor. Aquellos desmayos y abandonos no eran desamor, sino los efectos de la pasión que minaba la tierna vida de la romántica gatita. Nueva Julieta, moría por su Romeo y le esperaba navegando por el infinito en una góndola construída con rayos de luna.

—¿Tal dijo? ¿Lo mayó así? preguntó el gato, lloroso, conmovido y esperanzado.

El otro como pudo dijo que sí.

—Bien, pues; adiós hermano;—dijo el dolorido amante.

—¿Dónde vas?

—En busca de ella; á morir, para vivir la vida etérea con tu hermana.—Y le abrazó, le dió un doloroso arañazo, emprendió una corrida tejado abajo, y al llegar á la orilla se tiró de cabeza.

Volteó en el aire el suicida, soltando un desgarrado ¡miau! que conmovió á los misteriosos é invisibles habitantes de la noche en

aquellas alturas, y dejó temblando al otro, que se quedó en la orilla del tejado mirando abajo y mayando dolorosamente con voz oscura....

En el rayo de luna que se cierne por los troncos secos de la enredadera de mi galería y cae sobre los geráneos y violetas de mi ventana, veo todas las noches de lleno, la silueta

vaporosa como de ténue gasa, de dos gatos blancos, amorosamente abrazados y mirándose con ternura, poniendo en sus fantásticas pupilas toda su vida, todo su eterno amor.

Son las almas de los dos héroes de este cuento.

Bernardo Morales Sanmartín.

ESCENA CONYUGAL

(ENTRE SÁBANAS)

TRADUCCIÓN DEL CATALÁN

—Esposa á quien tanto adoro,
¡Qué feliz soy á tu lado!
¡Cuánto tiempo he deseado
Ser dueño de tal tesoro!
—Y yo, ¡que no soy dichosa
Teniéndote entre mis brazos!
—¡Qué dulces son los abrazos
De una mujer cariñosa!
—¿Me serás fiel?
—Por demás,
Hasta que pierda la vida.
—Pues mi fe, no es fe perdida;
Soy tuya y de nadie más.

—¡Quién sabe! Si yo faltara
Quizá fueses de otro esposa.
—Ni en broma digas tal cosa;
Siempre viuda me quedara.
—Jura.
—Por lo más sagrado.
¿Y á ser yo la que moría?
—Con ninguna me uniría;
Cien mil veces lo he jurado.
—Dame un beso
—Y dos y cien.
¡Qué hermosa eres!
—¡Tú más!

—¡Ay! no me olvides.
—Jamás,
Queda tranquilo, mí bien.
De este modo, y sin enfado,
La pareja se arrullaba,
Cuando el sereno cantaba:
—*Las dos y media.... nublado.*
Y así que al sueño se entrega
Cada cual, murmura luego:
—¡Cómo engaño á este borrego!
—¡Cómo engaño á esta borrega!

Manuel Millás.

Los Gomosos

Plaga que ha caído sobre las grandes poblaciones, á las que sirven de adorno y distracción.

El gomoso puede pasar por una persona *adulterada*; participa de los caracteres del hombre, de la coqueta y del mono. De éste último tiene muchas cualidades. Por esto estuvo muy en lo cierto quien lo calificó de *Mono imbécil*.

Mas dejando aparte estas consideraciones *naturalistas*, examinémoslo en sus costumbres distintivas.

¿Queréis conocerle entre las personas de un paseo? Mirad ese jóven que al mediodía vá metido en un gran levitón de esos que llaman *rusos* (1) y luego, por la noche, pasea con un simple *chaqué* á pesar del frío y de la humedad; éste es un gomoso. ¿Veís este señor ya entrado en años que no falta nunca donde pasea el *mundq elegante*, con su abrigo doblado por un extremo para que os fijeis en que se halla forrado de seda? Este es otro gomoso. ¿Reparais aquel jovenzuelo que lleva el sombrero de copa encasquetado hasta las cejas,

(1) Figúrese el lector que está transcurriendo el mes de Enero.... á pesar de estar *liquidándose*.

el chaleco abierto hasta la cintura y los faldones de su apretado *frac* flotando en el vacío, pareciendo un mozo de café? Hé aquí otro gomoso.

El tipo que nos ocupa es completamente esclavo de la moda. Por de pronto siempre es noble, siempre corre por sus venas sangre azul. Uno conocí yo que tenía un tío marqués de ignorado paradero. Hé aquí su tarjeta:

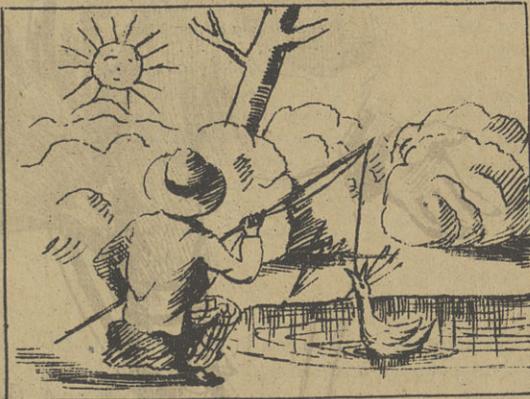
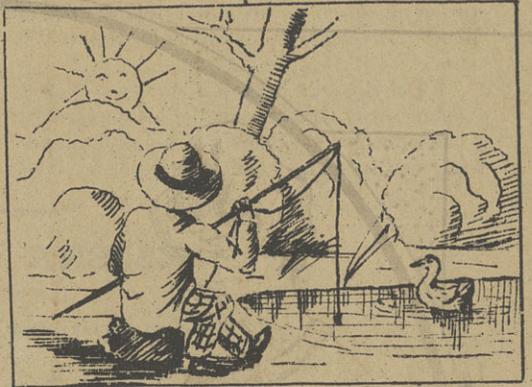
El Sobrino del Marqués de***

Porque lo que él decía: ¿Qué me importa á mí llamarme M., N. ó X.? Lo que necesito es que sepa todo el mundo que mis antecesores eran nobles, y por lo tanto que yo lo soy también. ¡Claro! Y los que no tienen la dicha de tener un tío á quien se le haya ocurrido comprar un título, recurren al proverbial *de*, prodigándose siempre y cuando se les ofrece ocasión.

—Tú, escucha: ¿Cómo diablos te llamas que no recuerdo?

—¡Vaya una memoria la tuya! Francisco de Asís de Perez y de Rosales.

HISTORIA MUDA, POR M. G. ENCISO.



M. G. Enciso

INFORMES



—¿Y le has dicho....?
—Sí, señora, todo.
—¿Todo?
Es decir, lo que á mí me *costa*.....

—Dichoso tú que tienes *de*....

—Toda mi familia, chico. Yo lo llevo por una tía de la cuñada de un primo segundo de papá, que era condesa de.... de....

Y ya tienen ustedes á su contrincante anodado ante el noble linaje de su compañero de *goma*. Resultado: que al día siguiente ya le ha salido también un tío del pariente de un pariente de su madre, que es conde, marqués, barón ó cosa por el estilo, y nuestro hombre (¿?) notifica con orgullo su ascenso de categoría á cuantos encuentra.

El gomoso va hoy á tal ó cual función religiosa ¡dá esto tan buen tono! En ella está constantemente contando las luces ó hablando del estreno de la noche anterior, ¡hace tan cursi estar rezando como las viejas! y al salir habla de sus *conquistas* y amorios. Porque lo que dicen ellos: ¿cuál es el joven de buena familia que no ha hecho alguna calaverada durante su juventud? Por supuesto que la mayoría de las veces son como los amores que tenía un amigo mío con una corista del tea-

tro.... Hablaba de ella á todas horas y á todo el mundo, explicando mil lindezas de su *amada*. Por fin, un día picóme la curiosidad de conocer á su bella *paloma* y supliqué á su *pitchón* que á ella me presentara.

—¿Que te presente á ella? preguntóme admirado.

—Sí, hombre. ¿Acaso vas á tener celos de mí?

—No.... pero es el caso que ella no me conoce....

Para muchos el gomoso es un elemento elegante de nuestra sociedad; para no pocas jóvenes una imitación á novio que titulan *impertinente mosquito*; para los transeuntes de sentido común, un estorbo en la vía pública; y para mí es el gomoso el animal más cargante y ridículo que se conoce, el cual debería exhibirse como cosa rara, metido en jaulas, que colocaría al lado de los monos ó colgadas á la puerta de un taller de modistas.

José Grases Oms.

¡TODO MENOS ESO!

Boquita de rosicler,
Yo vivo para quererte.
¡Pídemme que hasta la muerte
Sea firme mi querer!

Píde que tu esclavo sea,
Y que loco, enamorado,
Contemplándote extasiado
Feliz mil veces me crea.

Pídemme que ni un momento
Te olvide, «gacela mía.»

Mi ventura, mi alegría,
Reina de mi pensamiento.

Píde cuanto apeteer
Pudieses; rendido, amante,
Me verás siempre anhelante
Tus gustos satisfacer.

Que renuncie á los placeres
Que engañoso el mundo ofrezca;
Cuanto tu afán apetezca
Y más aun, si más quieres.

Pídemme, bella Matilde,
Los sacrificios más graves;
Dispuesto estoy, bien lo sabes,
Soy tu servidor humilde.

Que dos veces en semana
Confiese? Si es tu mandato,
Confieso: todo lo acato
De mi dulce soberana.

Pídemme, niña ideal,
Que me haga cura, torero,
Más.... ¡no me pidas dinero
Por que no tengo un real!

Francisco Alfonso.



Ante todo hacemos constar que no se recibirán en adelante las cartas que no lleven sus correspondientes sellos, ¿Estamos?

«Los Sres. Castelar y Sagasta almuerzan en casa del marqués de Cayo del Rey,

Ambos personajes están conformes en apreciar los puntos generales de la política.

El Sr. Sagasta saldrá el sábado para Arcachón.»

¿A Arcachón?

Sr. Sagasta, cuidadito con las ostras, que son golositas como ellas solas.

Un consejo higiénico.

Si se indigestaran no hay que darle vueltas.

¡Leche con ellas!

Pregúntelo usted á los médicos.

Telegrama:

«Anoche fueron apedreados los soldados, resultando un Teniente.....»

¡Hombre! ¿resultó un Teniente?

«Herido en la cabeza.....»

¡Ah!

«Y dos soldados graves.»

¿Resultaron graves dos soldados? Pues no sirven; porque para esas circunstancias se necesitan muy alegres.

«Cada soldado recibió 20 paquetes de cartuchos.»

Pues mire usted, la iglesia de San Andrés no recibió más que un cartucho y tiene un boquete.....

Pero el cartucho era de dinamita,

* *

De una carta del moro Sidi-El-Jak:

«De la encarnizada lucha resultaron fuera de combate, un muerto y un herido.»

Y de sus cartas ha resultado la gramática maltrecha y con graves contusiones.

* *

Uno de estos últimos días se embarcó en Málaga para Melilla toda la artillería.

Es probable que en el mismo vapor saliera también alguna nota diplomática.

¡Para que no digan los españoles!.....

* *

En Egipto se ha descubierto la momia de Cleopátra, la adorada de Marco-Antonio.

—¡Caramba!—dirán ustedes.

Y es justa la alegría. Pero no se guarda en el sarcófago ni se queda en Egipto la famosa reina.

—¡Córcholis!—dirán ustedes.

Y está muy bien dicho, porque admira la novedad de la noticia. Cleopatra *huye* de Egipto, antes de salir de su envoltura, y huye con su raptor que en nada se parecerá, de fijo, á Marco-Antonio.

—¡Ira de Dios!—seguirán ustedes diciendo, con más ira que Dios todavía.

Cleopatra se marcha por mar, pian-pianito..... ¡á encerrarse en el Museo Británico!

—¡Col!..... Vamos á ver, que les toca decir á ustedes.

* *

Hablemos de *eso* del cólera.

En las calles de Valencia donde hay ataques, se procede á desalojar á los habitantes de las casas infestadas.

Y se les traslada con armas y bagajes á las casas de la acera vecina.

No nos parece mal procedimiento para matar el foco ó los focos.

Es como si dijéramos:

A Pedro le han hinchado el carrillo derecho de una bofetada.

Pues, para que no se le traslade el dolor al carrillo izquierdo.....

Otra bofetada en él.

Y adelante.

* *

A Chile se fué Juan Mayo
Sin llevarse á su adorada,
Dejando por consiguiente
A la pobre *des-mayada*.

Yo tengo derecho propio,
Puesto que *rondo* á una *bizca*.
A llamarme *Vizcarrondo*.

Luis González López,

* *

El jueves se puso en escena en el «Teatro Peral», por primera vez en Valencia, la revista política original de nuestro paisano el distinguido escritor Sr. Navarro Gonzalvo, titulada *Tannhauser el Estanquero*.

Nada diremos del libro, pues el nombre del autor basta para que el público juzgue con acierto.

De los artistas, la Srta. Train muy bien, pues es una artista que sabe sin afectación salir airoso en sus papeles; la Srta Gómez muy acertada en la parte que se le confió.

De los hombres, Verdejo inimitable, pues es un actor que vale; estuvieron bien los señores Riuloa, Corona, Rodríguez, y los demás todos al alcance de sus facultades.

En resumen, la obra gustó y creemos que habrá *Tannhauser* para días.

* *

LIBROS: *Perjurio*. Poema escrito por don Pascual Cucarella.—De venta en la librería de Ramón Ortega. Precio: una peseta.



Aqui-estoy.—Dispéñeme usted, pero eso no sirve.
Epy.—No es aceptable, porque tiene muchas incorrecciones.

J. O. C.—Bonito asunto, bonita letra, pero mal empleado todo esto. ¡La forma, por Dios!

S. A.—Barcelona.—¿Pero es que todos se arrancan por cantares? Y menos mal si fueran buenos.

Veleta.—Muy seria.

J. de la C.—Irás, corregida.

L. B.—El artículo sirve..... tachando una cosa; la poesía nó. Lo otro próximo á publicarse.

M. G. E.—La historieta sirve, el otro no es publicable.

A. S.—Lo de hoy no vale, la otra está en cartera y se publicará.

Opio.—Más que eso nos ha dado su composición; casi arsénico.

Tu Lipan.—Rematadísimo malo, pero mucho más que eso.

J. E. S.—Recibida tu carta; ya te escribiremos.

No contesto más cartas por falta de espacio.

Imp. y Lit. de Emilio Pascual

ANUNCIOS



Uno que se atrevería á asar la manteca,
solo por comérsela.

ALMACÉN DE PAPEL
DE
ISIDRO BALARI
GALLO, 3, BAJO
VALENCIA

Surtido completo en papeles del país
de las más renombradas Fábricas.
Ventas al por mayor y menor.

PRECIOS ECONÓMICOS

Federico Wala
FOTOGRAFO DE LA REAL CASA
y
DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ESTA CAPITAL
PREMIAO
con la
CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA
4, Hierros de la Ciudad, 4 .
VALENCIA

VALENCIA CÓMICA
SEMANARIO ILUSTRADO

Precios de suscripción: 2 Ptas. trimestre

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Gallos, 3, bajo

Toda la correspondencia al Administrador.

VENTA
SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES
DE

VALENCIA CÓMICA

en la
Isla de Cuba
Sra. Vda. de Pozo é Hijos

GALERIA LITERARIA
Obispo, 55, Librería.
HABANA

PAPELERÍA
IMPRESA Y LITOGRAFÍA

DE
EMILIO PASCUAL

Puerto, 36, y Comedias, 11 y 12

En este acreditado Establecimiento encontrará el público un esmerado, puntual y económico servicio en toda clase de trabajos **Tipo-Litográficos**, y muy especialmente en los referentes al Comercio, Bancos de crédito y Casas de préstamos; Empresas de Ferrocarriles, Tranvías y de Espectáculos públicos; Sociedades mineras, recreativas, industriales y administrativas, etc., etc.

Dotado este Establecimiento de modernas y potentes máquinas, movidas á motor, de los sistemas más perfeccionados; de numerosas colecciones de tipos, viñetas y principales novedades tipográficas; de personal inteligente y práctico, y de un bien surtido Almacén de papel de las más acreditadas fábricas del país y del extranjero, puede servir al público con la mayor actividad y en condiciones ventajosísimas, todos cuantos trabajos de **Imprenta ó Litografía** se encarguen.

CORRESPONSAL

encargado de la venta

DE

VALENCIA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIÁN RODRÍGUEZ

Kiosco de la Universidad,
plaza de Santo Domingo.

ESTABLECIMIENTO
CROMO-LITOGRAFICO

DE LA

V. DA DE ISMAEL HAASE

Guillém de Castro. 50

(JUNTO Á LAS TORRES DE CUARTE)

Grabados, Oleografías, Autógrafos, Cromos.
Especialidad en países para Abanicos.
Impresiones Editoriales, Artísticas, Religiosas
y Administrativas. Banca, Industria y Comercio.

GUILLÉM DE CASTRO, 50